

# ¿FALLECIÓ USTED ANTES O DESPUÉS DE MORIR?

(JUAN PABLO II EN DIRECTO:  
SEXO, DROGAS Y ROCK & DIOS)

En una tarde cualquiera, un hombre de aspecto latino se dirige hacia una parada de taxis con un maletín en la mano. Se sube en el primero de ellos y le dice al taxista que lo lleve al aeropuerto. Éste es un hombre joven, casi adolescente, y tiene un marcado acento oriental, pero el hombre del maletín no consigue adivinar de dónde concretamente. Durante el trayecto, mantienen una conversación de lo más absurda sobre si la crisis en Asia es producto de la yakuza o simplemente se trata de algún banquero *chorizo*. Mientras tanto, llegan al aeropuerto. El hombre del maletín paga al taxista y entra en la terminal. Compra el periódico en una de las tiendas, va a la sala de salidas internacionales, se sienta y espera los quince minutos que restan para que salga su avión. No tiene que facturar nada ya que sólo lleva el maletín, que guarda celosamente.

Una hora más tarde están sobre el océano. La azafata le está explicando a un tipo cómo se pondría el chaleco salvavidas en caso de tener que utilizarlo. El hombre del maletín está comiendo un plato de espaguetis con tomate cuando, de repente, se pringa la camisa con salsa. Coge un cabreo tremendo y le echa la culpa de la mancha a la compañía aérea, ya que no ha puesto servilletas para cubrirse. Ultrajado, abre el maletín y comienza a montar un potente

lanzamisiles que regalan con el menú del día de la hamburguesería que está debajo de su casa. Amenaza con disparar si no le compran otra camisa. Aparentemente, todo está perdido. No se puede comprar ropa a diez mil metros de altura.

Pero entonces aparece Yon Maquéin y le pega una paliza después de haberle quitado el arma con una navaja multiusos. Todos los pasajeros aplauden la hazaña de Maquéin, pues no sólo les ha salvado la vida, sino que además les ha ahorrado la dura experiencia de tener que oír al hombre del maletín contar un libro que al parecer no podría editar, y quería que alguien conociese la historia.

Se va la luz.

- ¡Joder, con lo interesante que estaba la película!

- ¡María, te tengo dicho que no digas palabrotas! Sabes que no me gusta. Y vete a buscar velas.

María siguió la orden de su madre y fue a buscar las velas. Era una fan de Brus Güillis y estaban estrenando en televisión su última película, *La junta del cristal XIV*. Si había alguna cosa que le molestara, ésa era no poder ver las películas de su ídolo cuando las pasaban por la tele, y el hecho de que se fuera la luz la había mosqueado mucho.



En la alacena de la cocina encontró un paquete de velas que encendieron rápidamente. Su madre estaba impaciente. Enchufó la tele a una de las velas y la encendió.

Pero se llevó una gran sorpresa cuando vio que en la pantalla no salían ni Yon Maquéin ni el hombre del maletín, sino Sánchez Dragón con su peña de tertulianos. Y en las otras cadenas era peor: Paco Zorrón y *¿Quién sabe dónde se mete la gente?*, Carlos G. Jirafil presentando *Emplasto TV: Especial accidentes mortales*, Javier Sardana en la Luna... y así hasta haber contemplado la totalidad de la maravillosa programación de una noche cualquiera.

Se fue a su habitación horrorizada y encendió el ordenador, el cual también enchufó a una vela, faltaría más. Navegó hasta la página web de su mito erótico favorito: Brad Pito. Estaba mirando las fotos y cometiendo actos impuros consigo misma, cuando de repente, en un *pis-pás*, en dos *patás*, en lo que te *estregas* un ojo... ¡salíó el mismísimo Brad Pito de la pantalla del ordenador y se le sentó encima!

- Hola, María. Soy tu copia personal de Brad Pito. Me han asignado a ti por tu admiración y continuada asistencia a esta página. Eres la persona que más nos visita - dijo la copia de Brad.

Pero María no le hacía ni puñetero caso.

- ¡Dios mío, es Brad en persona!

- Bueno... no, pero a fin de cuentas puedes besarme y tocarme.

- ¡Eso es lo que yo quiero! - chilló María.

Se tumbó en la cama, lo agarró con fuerza y comenzó a meterle mano. El sucedáneo de Brad hacía sumiso todo lo que ella le decía.

Suena el despertador.

- ¡Cagondíés! ¡Con lo bien que me lo estaba pasando! ¡Seguro que nunca más volveré a tener sueños como éste! *La junta del cristal XIV* y Brad Pito en el mismo sueño... ¡y suena el despertador! - dijo la pobre María.

Mientras tanto, su madre, Encarnación de los Dolores, se había levantado. Había hecho la cama, había hecho hasta café, y la esperaba medio desnuda.

- ¡Mariatita, baja a desayunar! - gritó Encarnación.

- Mamá, hoy no me puedo levantar. El fin de semana me dejó fatal.

- ¡María, te tengo dicho que no me gusta que me contestes así! ¡Y haz' l favor de venir a desayunar! Además, hoy es jueves.

María, se levantó un poco mosqueada, se puso un poco de maquillaje, sombra aquí, sombra allá, y bajó a desayunar.

- Mamá, - dijo María - ¿quieres decirme qué demonios haces medio desnuda?.

- Estoy esperando a tu padre.

- Sabes que hoy le toca hacer caja en el Treinta y tres, así que despídete.

- María, tú no sabes quién es tu padre cuando llega a casa fogoso después de haber estado contando dinero... - dijo Encarnación.

- Vale mamá, tú ganas, que te lo pases bien con él, no tengo ganas de discutir tan temprano.

Y en el preciso momento en que se sentaba a la mesa dispuesta a comerse una taza de leche con cereales Pascuás, llegó un nuevo contratempo a su nutritivo desayuno. Su medio amiga Julia Miriam entraba extrañamente alegre por la puerta de la cocina.

- *Jelou*, María. *Jelou*, señora Postigo. Buenos días.

- Buenos días, Julia Miriam, ¿qué haces por aquí tan temprano? - dijo Encarnación.

- Es que quiero invitar a mi *cumple* a María. Será el sábado por la tarde, en el jardín de mi casa.

Por si no te has dado cuenta, Julia Miriam era una de las personas más pijas que pisaban la tierra.

- ¿Sí, y qué habrá? - preguntó María con la boca llena de cereales...

- Coca Cola para todos y algo de comer - respondió Julia Miriam con aire repipi.

- ¿Coca Cola? No sé, no sé... ¿No tienes algo más fuerte? ¿Clíper, por ejemplo?.

- *Porsupuestísimo*, un buen vaso de Clíper con churros no debe faltar en ninguna fiesta. También tendremos *güisqui* y un *casete*, *pa'* poder bailar como en una *discoteque*.

- ¿Y tus padres te dejan tener *güisqui*? - preguntó Encarnación extrañada.

- Claro, yo ya soy adulta, o sea, ya. Así que, ¿vas a venir o qué, María?.

- No sé. ¿Mamá, me dejas ir?.

- Como tú quieras - dijo Encarnación sin poner mucho asunto y sin acordarse de que iba a haber *güisqui*.

María no sabía por qué, pero había algo que la impulsaba a asistir a aquella fiesta. Quizás fuese

que Saturno había entrado en su octava casa, o a lo mejor era que si se quedaba su padre la tirarían de la azotea después de pegarle una paliza. Pero iba a decirle que no.

- Sí, iré - dijo María, faltando a su honestidad propia.

- *Pos vale* - respondió Julio Miriam y se fue.

Pero cuando la cumpleañera ya estaba lo suficientemente lejos como para no pensar en volverse atrás, volvió.

- María, no te olvides de llevarme un regalo - y se marchó sin dar tiempo a una posible respuesta.

Esperanza María de la Concepción, que así se llamaba realmente nuestra amiga, estuvo pensando el resto de la mañana en el cumpleaños, aun cuando supo que había suspendido seis asignaturas en tercero de ESO, que le habían robado la cartera y que Brus Güllis se había cambiado de sexo el enterarse de que Demi Mur era lesbiana. Incluso para ella eran demasiadas emociones para una mañana de junio. Decidió alquilar un vídeo: *Breinded: Tu madre se ha comido a mi perro*.

Durante el viernes y el sábado por la mañana no le pasó nada importante, si exceptuamos que atropellaron a su perro, que su madre se quemó con el agua de guisar las papas, que su primo se suicidó y que se enteró de que habían sacado en edición especial todas las películas de *La junta del cristal*. Aparte de eso, nada.

El sábado, sobre las cinco de la tarde, decidió que ya era hora de vestirse para ir al cumpleaños de Julia Miriam. Se duchó, o mejor dicho, entró en la bañera y abrió la llave del agua para que sonara, se peinó, y se puso una ropa que su madre le había comprado para la primera comunión de su hermano. Imagínatela. Los tobillos llenos de sedimentos calcáreos, un olor que no era precisamente a Chanel Nº 5, un peinado que más se asemejaba al de Bob Marley que al habitual en una chica de catorce años, y un vestido que poco tenía que envidiar al de Laura Inguls.

Su padre, Mario Postigo, inmigrante mexicano, camarero de profesión y bebedor de vocación, estaba sentado en el sillón de la sala bebiendo chupito a chupito una botella de tequila de reserva especial de doce días. Se sorprendió al verla.

- ¡*Cónchale Mariatita*, qué bonita se te ve! ¡Si llego a saber que te ibas a poner tan *requetegua*-

pa no me habría emborrachado, sino más bien te habría querido un ratito!

- Viejo, hoy no me vas a querer. Hoy me he arreglado y voy a ir a una fiesta. Además, cuando me quieres muy fuerte, me duele.

- Eso es porque estás muy verde todavía, sólo será hasta que crezcas un poco.

- Bueno, tengo prisa. Me voy. Ya me querrás otro día.

- Pues adiós, no más.

María se encaminó apresurada a casa de Julia Miriam, y en menos de media hora estaba allí. Estaba en la fiesta todo la gente guapa de la ciudad, mucha niña mona, pero ninguna sola. Sólo Marta estaba sin pareja en aquel bello jardín.

Se dirigía a felicitar a la anfitriona cuando se dio cuenta de que no le había comprado regalo. "Dios, ¿y qué le digo yo ahora?" - pensó. Mientras, se encontraba ya en la fila para dar las felicidades a Julia Miriam ocupando el segundo lugar. Sólo el chico que tenía delante la separaba de la vergüenza más absoluta.

Ahora era su turno.

- Hola, Julia Miriam, esto... yo...

- Ese disimulo lo conozco. ¿No me has comprado nada? Oh, perfecto, lo tomaré como una ofensa.

- ¿Qué? - dijo María.

- Y ya que me has ofendido, fuera de mi fiesta.

En eso, entra en la conversación el chico que había precedido a María en la fila.

- Julia Miriam, lo que le ha pasado a...

- María, me llamo María - dijo un poco nerviosa.

- Lo que le ha pasado a María es que no ha encontrado... nada de tu categoría, eso es, no ha encontrado nada de tu categoría.

- ¿Pero es que os conocéis? - Julia Miriam no entendía nada.

- Pues claro que sí, desde hace un momento - dijo el chico.

- Vale María, pero la próxima vez comienza a buscar un regalo digno de mí desde varios días antes.

- De acuerdo.

María estaba profundamente agradecida a aquel chico. Le preguntó cómo se llamaba.

- Picio. Preshi Picio. Pero todos mis amigos me llaman sólo Picio.

- Ah, pues yo soy María. Por cierto, ¿de dónde eres?

- Soy de un pueblo del norte de Japón, pero hace unos meses que vivo aquí. Estudié idiomas y también trabajo de taxista con un cuñado de mi hermana.

Los dos siguieron hablando durante toda la tarde, de cosas tan diversas como la crisis deportiva del Club Atlético de Cali, la enorme cantidad de asaltos a mano armada que se producen en la ciudad de Johannesburgo o la crisis económica en Asia. Hasta que, alrededor de las nueve, María se percató de una cosa muy extraña. Había varios policías en el jardín, Julia Miriam lloraba, su padre le daba bofetadas, no veía a Picio por ningún lado, y lo que era peor, se dio cuenta de que se encontraba levitando a unos centímetros del suelo. Lo de la levitación era lo único que normalmente no ocurría en los cumpleaños de Julia Miriam. "¿Habrá muerto alguien? No, es imposible." - pensó. Por fin, dio con la prueba definitiva. Vio su cuerpo, el cual nadie más había visto porque estaba escondido, con un cuchillo clavado y claros signos de que alguien la había querido muchísimo. Además, junto al cadáver había una nota que ponía: "Ya estáis muertos los dos. Picio."

- ¡Picio me ha matado y no me he dado cuenta!. Pero, ¿quién será el otro?

María se dio cuenta de que a su cuerpo le habían robado la cartera.

Momentos después, la policía localizaba el cadáver. Se habían enterado del asesinato porque una llamada de un hombre joven con acento oriental, que dijo ser taxista, se lo había comunicado. Nuestra amiga sintió que tenía que vengarse.

- Soy un fantasma y nadie puede verme. Lo que pasa es que yo tampoco puedo hacerles nada. Serio problema.

Comenzó a vagar sin rumbo en busca de Picio, cuando pasó frente al escaparate de una tienda de electrodomésticos. En la televisión estaban dando los informativos de la medianoche.

"En una calle sombría, han encontrado el cuerpo sin vida de Mario Postigo, con dos cruces clavadas, una en el pecho y otra en la frente. Su esposa, Encarnación de los Dolores, se ha..."

- ¡Oh, cielo santo, es mi padre! A eso se refería Picio cuando dijo que ya estábamos los dos muertos.

¡Resucitaré de mi propia muerte para vengar la suya! ¡Ese maldito *fuchanchén* se acordará de mí! ¡Que no lo encuentre jamás o sé que lo mataré! Aunque... primero he de averiguar cómo me mató, y lo más importante, ¿por qué nos mató a mi padre y a mí?

Se queda sin tinta la rotativa de impresión.

- ¡Oh, perfecto! Ahora el mundo se quedará sin saber si María encontró a Picio o si averiguó cómo fue su muerte. ¡Mi editor me matará!

El hecho de que se acabara la tinta de la rotativa fue un duro golpe para Ignacio Canoso. Su relato, *La hija de Mario Postigo*, quedaría incompleto. En él había fusionado lo mejor de toda su trayectoria como escritor, sus mejores ideas condensadas en un solo libro. Ya no pasaría a la posteridad como uno de los genios de la literatura del siglo XX, es más, ni siquiera pasaría a la historia de la literatura. Quería irse a su casa.

En la calle, tiró lo que había podido imprimir de su libro en una papelería.

Al llegar a su domicilio, cogió mucho dinero de un sobre que guardaba junto a los calzoncillos, un maletín y fue a comer a la hamburguesería que había debajo de su casa.

- Buenas tardes, señor. ¿Qué va a tomar? - dijo la camarera.

- El menú del día.

- Buena elección. Consiste en una hamburguesa jurásica de auténtica carne de brontosaurio, papas fritas y agua del grifo. Y además, sin coste alguno, regalamos lanzamisiles de última tecnología. Nos los ha cedido una importante multinacional japonesa, pero no ha querido dar su nombre.

- Me parece lógico. Uno no puede regalar armas a diestro y siniestro.

- Adiós señor. Enseguida le traigo su comida.

- Dése prisa, que tengo hambre.

Ignacio Canoso comió ávidamente. Cuando terminó, pagó en la barra y fue hasta una parada de taxis que estaba a unos quinientos metros de allí. Se subió en uno de ellos y le dijo al taxista que lo llevara al aeropuerto. Éste, que era asiático, hizo a Ignacio una pregunta sobre la que estarían hablando el resto del viaje.

- ¿Cree usted que la crisis en Asia se debe a la yakuza o a algún banquero *chorizo*?

YA SE ACABÓ

“Morir, estar realmente muerto... ¡Eso debe de ser la gloria!”

*Drácula* (Tod Browning, 1931)

**Héctor Martín Morales** nació en Granadilla (Tenerife) en 1981. Es estudiante de Filosofía en la Universidad de La Laguna. Éste es el primer cuento que publica.